

como Juan Diego, sin curar poco ni mucho de los juicios de los hombres, ni de las burlas ó censuras de los mundanos.

IV

*Juan Diego continúa su camino.—Halla otra vez á la Virgen María.—Enferma su tío gravemente.—Pasa el lunes en buscarle médico.—Sale el martes á procurarle los sacramentos.—Bondad de la Madre de Dios.*

Amados niños: en tanto que los criados volvían á casa del Obispo, y tan mal juzgaban y querían hacerle juzgar del pobre indio Juan Diego, éste, inocente de todo, llegó al cerrito, y trepando su cumbre volvió á encontrar por tercera vez la visión maravillosa. La benigísima Reina le aguardaba otra vez con la respuesta, y él des-

pués de haberla adorado con profunda reverencia, puesto de hinojos á sus plantas le dijo: «Fuí, Señora, como me lo mandaste, á ver otra vez al Obispo, díjele como tú me enviabas á pesar de mis excusas, á pedirte templo en este lugar; mas él me respondió que nada podía hacer con sólo mi dicho en asuntos de tanta importancia; hízome muchas preguntas, á las que con toda verdad contesté, y parece que de algún modo empezó á creerme; pero me dijo que le mandases alguna señal por donde pudiese conocer ser verdaderamente tú quien me enviabas. Yo prometí pedírtela, y vengo ahora á cumplirlo, y á pedir las órdenes para lo que deba seguir haciendo en el asunto.» Oyóle con gran bondad la celestial

Princesa, y con agradable semblante así le habló: «Juan, hijo mío, mañana volverás á verme en este sitio, y te daré una señal muy suficiente, para que puedan dar crédito á tus palabras. Y advierte que tus servicios no han de quedar sin premio. No olvides que mañana te espero en este mismo sitio.» Oídas estas palabras, despidióse Juan Diego con las acostumbradas reverencias, y con el ánimo tranquilo y regocijado volvió á su lugar y su casa. Más joh designios ocultos de la Providencia! al regreso, el indio se encuentra con un percance inesperado: era el caso que un tío suyo, llamado Juan Bernardino, había caído casi de improviso gravemente enfermo, y el sobrino corrió en busca de médicos de su raza que lo cu-

rasen, y que solían ser muy acertados en el empleo de las hierbas de su país. Pero los médicos nada lograron por aquella vez, y la enfermedad se declaró ser la que llaman cocolixtli, que es una especie de fiebre ardiente, contagiosa, y comunmente mortal. De allí es, que atendido el cuerpo, y no cediendo el mal, se pensó luego en los remedios del alma, y Juan Diego, al otro día, por la mañana, que era martes, pues el lunes se había ocupado con los médicos, determinó partir á Tlaltelolco, á llamar á un confesor, que administrase al enfermo los Sacramentos. Era el día 12 de Diciembre, cuatro días después del primer coloquio de la Virgen con Juan Diego; y éste, teniendo que pasar por el sitio de las aparicio-

nes, recordó el mandato de la Señora, é imaginó, en su candor, que estándole esperando en el mismo paraje, podría evitarlo tomando otro camino, temiendo detenerse con Ella, cuando el negocio que llevaba no sufría tardanza ni demora. Así lo hizo efectivamente, y dando un rodeo tomó por otra parte, y seguía su camino no sin apresuramiento. Mas hé aquí, que en la misma revuelta por donde pensaba ocultarse, de improviso se le presenta otra vez la visión maravillosa, cerca de una fuente ó manantial de aguas salitrosas que por allí había, y al verse tan cerca de Ella, hincóse de rodillas entre temeroso y avergonzado.

Mas ¿no habéis notado, niños, cómo, cuantas veces le habla al indio la Virgen Santí-

sima, otras tantas le advierte que le agradecerá sus obsequios, y que no dejará sin galardón sus servicios? ¡Qué buena, qué tierna, que misericordiosa es la Madre de Dios! Cuando los ángeles mismos se juzgan dichosos en servirla y obsequiarla, pensando que al hacerlo encuentran la mejor recompensa. Ella agradece á los pobres mortales que le están tan obligados, aun los más pequeños servicios, y paga, como Reina, los más pequeños obsequios que procuremos hacerle! Es necesario amar tiernamente á esta madre tan cariñosa, y esmerarse en sus obsequios y en su culto. No debemos desmayar cuando las dificultades se opongan á nuestro camino; hagamos lo que el deber nos manda, y los designios del Se-

ñor no podrán estorbarse. Buscando unos jumentillos perdidos, halló Saúl un reino, y buscando un confesor para su tío halló Juan Diego á la que es consoladora de los afligidos y salud de los enfermos. Dejar la devoción por la obligación es un deber de todo cristiano, y no perjudica el hacerlo, porque es lo que llaman «dejar á Dios por Dios», en lo cual no hay inconveniente.

---

V

*Juan Diego es bien recibido.—Se le manda cortar rosas.—Hállalas en el cerro árido y en el crudo invierno.—Míralas y tómalas con su mano la Virgen María.—Mándale llevarlas por señal.—Las flores en el Mes de María.—Las flores místicas del santo Rosario.*

Amados niños, pensaba Juan Diego encontrar enojada á la augusta Señora, cuyo mandato había inculpablemente desobedecido, pero muy al contrario, llena de amabilidad y de gracia, contesta su saludo, admite sus obsequios y escucha benignamente sus excusas, fundadas en la enfermedad de su tío. «No tienes, hijo mío, por qué temer de la salud del enfermo, pues soy tu Madre, y ten por cierto que desde este